

NEW LEFT REVIEW 129

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2021

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	Desigualdad y democracia	7
MICHAEL DENNING	Todos legisladores	33
JAVIER MORENO ZACARÉS	¿Euforia del rentista?	51
NICK BURNS	La política de Pessoa	75
MARCUS VERHAGEN	Arte y tiempo	103
PERRY ANDERSON	Timpanaro en la angloesfera	115

CRÍTICA

SASKIA SCHÄFER	Revoluciones contrastadas	130
ERIKA BALSOM	Visiones radicales del cine	141
TONY WOOD	Problemas en Ecuador	150
JOY NEUMEYER	Enterrar al Homo Sovieticus	160

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



Gulnaz Sharafutdinova, *The Red Mirror: Putin's Leadership and Russia's Insecure Identity*, Oxford, Oxford University Press, 2020, 248 pp.

JOY NEUMEYER

ENTERRANDO AL HOMO SOVIETICUS

Imaginemos una criatura dejada atrás por la evolución. Es obediente, pasiva y depende de otras para su cuidado. Carece de moral y mente para sobrevivir. Este es el destino del *homo sovieticus*, el tipo de personalidad que identificaban las investigaciones sociológicas de Yuri Levada sobre el «hombre soviético común» de finales de la década de 1980. Aunque se esperaba que el *homo sovieticus* se extinguiera con la transición postsoviética del país, la realidad es que ha recibido un alarmante y nuevo soplo de vida. Estudiosos y periodistas, como Masha Gessen y Joshua Yaffa, han recurrido al concepto para atribuir la clase de autoritarismo que actualmente representa Vladimir Putin a la mentalidad servil de los ciudadanos rusos.

Gulnaz Sharafutdinova, una politóloga del King's College londinense, rechaza la «desesperanza» y la «rusofobia» de semejantes interpretaciones. Aboga por un planteamiento «emocionalmente inteligente», que se centre en «empatizar con la población rusa en vez de señalar dónde estuvo el problema». En *The Red Mirror*, Sharafutdinova intenta hacer un diagnóstico de la mentalidad rusa sin apoyarse en el *homo sovieticus*, ni asumir la superioridad de su imaginado contrapunto, el sujeto liberal occidental. Propone que los datos de encuestas como las de Levada pueden ser despojados de sus fundamentos ideológicos característicos de la Guerra Fría y reacondicionados para producir una valoración más convincente de la psique colectiva. «Como dice el clásico refrán, no te puedes bañar dos veces en el mismo río», señala. «¿O sí? [...] ¿Cómo podemos utilizar los conocimientos de la

psicología social para llegar a un entendimiento menos sesgado y repartir el mérito y la culpa en los lugares adecuados?».

Sharafutdinova creció en la república de Tartaristán, una región rica en petróleo con una población mayoritariamente tártara, y obtuvo su doctorado en la George Washington University. Su primer libro, *Political Consequences of Crony Capitalism inside Russia* (2010), examinaba el auge de la corrupción en las provincias. Cuando a principios de la década de 1990 se introdujeron simultáneamente las privatizaciones y las elecciones democráticas, el acceso al poder significó el acceso a la propiedad y a la inversa. Sharafutdinova identifica los dos modelos políticos que surgieron: el modelo «centralizado y no competitivo», el sistema preferido por la cerrada elite tártara, y el modelo «fragmentado y competitivo», que caracterizaba a la región de Nizhni Novgorod gobernada por el aliado de Yeltsin, Boris Nemtsov. En esta última región, los políticos airearon escándalos de corrupción en el transcurso de sucias campañas electorales, que llevaron a que muchos votantes consideraran las elecciones como una lucha interna de la elite y respondieran con la apatía y el voto de protesta. A medida que la democracia competitiva se deslegitimaba a sí misma, el modelo tártaro empezó a ganar cada vez mayor atractivo. El desencanto popular con las instituciones democráticas unió los intereses propios del círculo de Putin con los deseos de un electorado alienado. Sharafutdinova sostiene que esta es la razón por la que a la mayoría de los rusos no les importó que en 2004 Putin aboliera las elecciones regionales a gobernadores (según señalan las encuestas) y que su popularidad permaneciera alta incluso cuando bajaban los precios del petróleo.

En marzo de 2014, cuando «pequeños hombres verdes» con uniformes sin distintivos aparecieron en la península de Crimea, la apatía había dado paso a la euforia. *The Red Mirror* se centra en el «putinismo en su momento álgido», en la enorme popularidad que alcanzó el presidente como consecuencia de la anexión, cuando su índice de aprobación superó regularmente el 80 por 100. Cayó a los niveles anteriores a la anexión, situados entre el 65 y el 70 por 100, después del anuncio de la impopular reforma de las pensiones en junio de 2018, que elevó cinco años la edad de jubilación para los hombres y ocho para las mujeres, pero desde entonces se ha mantenido relativamente estable. Como algunos autores liberales estadounidenses que han hecho incursiones en los territorios de Trump, Sharafutdinova señala que su estudio está motivado por una «necesidad personal» de entender por qué muchos de sus amigos y familiares en Rusia tienen una opinión positiva de Putin. No acepta que sus percepciones procedan de un «lavado de cerebro y de la propaganda», de «preferencias culturales por la mano dura» o de la «bancarrotta moral y la incapacidad del pueblo ruso para distinguir lo que está bien de lo que está mal», como sugeriría el paradigma del *homo sovieticus*.

El *homo sovieticus* invertía el concepto bolchevique del hombre nuevo, que prometía reformar a los seres humanos para convertirlos en un modelo perfecto y generalizable. Según observadores posteriores, el experimento social revolucionario salió terriblemente mal. El sociólogo emigrado Alexander Zinoviev creó la primera formulación popular del *homo sovieticus* en sus novelísticas descripciones de la vida soviética a comienzos de la década de 1980. El interés de Zinoviev por diseccionar al hombre socialista lo expresaron en una clave diferente los disidentes del bloque oriental, que se manifestaron en contra de lo que ellos consideraban la pasividad y conformidad de sus colegas, capturada en el famoso ejemplo de Vaclav Havel sobre un frutero que pone en su ventana un cartel de «¡Trabajadores del mundo, uníos!». Como analiza Sharafutdinova, aquí y en un artículo de 2019, «Was There a “Simple Soviet” Person? Debating the Politics and Sociology of “Homo Sovieticus”», publicado en la *Slavic Review*, vol. 78, núm. 1, estas ideas encajan con el modelo de totalitarismo inspirado en Hannah Arendt. Los estudiosos de la escuela totalitaria, respaldados por una generosa financiación del gobierno estadounidense, comparten la premisa de que la naturaleza colectiva del socialismo de Estado destruyó la autonomía individual que es esencial para la democracia y los mercados libres.

Levada dotó a las ideas sobre el «hombre soviético común» de fundamentos empíricos cuando, a finales de la década de 1980, se hizo cargo del VTsIOM [Centro Unificado de Investigación sobre la Opinión Pública], como parte del esfuerzo de Gorbachov para conseguir el apoyo de las ciencias sociales a fin de acometer la reforma del sistema soviético. En aquel momento, muchos miembros de la intelectualidad estaban denunciando la degradación de los rusos como un medio para pedir un cambio. La investigación de Levada combinaba preocupaciones sobre los degradados habitantes de la Unión Soviética (a los que irónicamente denominaba en lenguaje informal «*sovok*») con enfoques derivados de la teoría de los sistemas sociales de Talcott Parsons. Levada descubrió al acobardado practicante del pensamiento doble que se había lanzado a buscar, mientras expresaba su confianza en que ese personaje desaparecería con el Estado soviético.

Mientras la soviología occidental se desvanecía, entre los intelectuales rusos que buscaban un chivo expiatorio para el aparente fracaso del país a la hora de adaptarse a la modernidad capitalista persistió la crítica de las masas atrasadas. Lev Gudkov, el sucesor de Levada y presidente desde 2006 del independiente Centro Levada, anunció que el hombre soviético estaba mutando y adoptando unas formas cada vez más cínicas y agresivas. De acuerdo con su libro, *Abortive Modernization* (2011), «el principal obstáculo para la modernización del país [...] es el modelo del hombre soviético o postsoviético (*homo sovieticus*), caracterizado por su básica desconfianza social y su experiencia de adaptación a la violencia, que le hacen incapaz de

aceptar perspectivas y relaciones morales/éticas más complejas y que, a su vez, hacen que sea imposible la institucionalización de nuevas formas sociales de interacción». El razonamiento de Gudkov se convirtió en el marco apropiado para los periodistas anglófonos que buscaban una perspectiva polémica (aunque no fuera original): «La larga vida del *homo sovieticus*», proclamaba un titular de *The Economist* en 2011. Su utilización se intensificó después de la victoria de Donald Trump, cuando el estatus cada vez más ambiguo del sujeto liberal occidental reavivó ansias de su otro constituyente y sus verdades asociadas de la Guerra Fría. La persistencia del hombre soviético es la idea central de los libros de Masha Gessen, *Future Is History: How Totalitarianism Reclaimed Russia* (2017), y de Joshua Yaffa, *Between Two Fires: Truth, Ambition and Compromise in Putin's Russia* (2020). Ambos autores pertenecen al equipo de redacción de *The New Yorker*.

Sharafutdinova sostiene que el hombre soviético y su reencarnación están basados en una desfasada y «mecánica» perspectiva de la personalidad humana concebida como un producto del sistema político. En vez de centrarse en la personalidad individual, entendida como «permanente, establecida e inmutable», Sharafutdinova prefiere la teoría de la identidad social, que subraya cómo la identidad está «social y políticamente construida, es flexible y depende del contexto». Sostiene que dos características de la identidad colectiva detectadas en los estudios de Levada —el excepcionalismo soviético y una mentalidad de «nosotros contra ellos»— dejaron «puntos débiles» emocionales en una población que era sumamente vulnerable a la manipulación después del colapso soviético. Mientras otros países del antiguo bloque soviético celebraron su liberación nacional y «regresaron a Europa», Rusia experimentó un periodo de «autonegación». Cuando el país pasó de ser un donante a un receptor global de ayuda, la gente a la que se le había dicho que pertenecía a la civilización más avanzada de la tierra pasó a alimentarse de raciones militares estadounidenses sobrantes. Durante la «terapia de choque», cuando los salarios dejaron de abonarse y los ahorros se desvanecieron de la noche a la mañana, hubo poco tiempo o poca voluntad para generar un nuevo concepto de lo que era el país. En junio de 1996, el gobierno de Yeltsin anunció un concurso para dilucidar que podía ser una «idea nacional». Nunca se eligió al ganador o ganadora.

Sharafutdinova señala que durante sus dos primeros mandatos Putin practicó una «política híbrida» de autoridad centralizada y economía liberal que «no despertó intensas emociones». Sin embargo, las protestas de 2011-2012 sobre la corrupción y el fraude electoral mostraron los límites del control del Kremlin y la necesidad de una estrategia renovada. El resultado fue la activación de la política de identidad entre una población agraviada que se veía a sí misma como la perdedora de la década de 1990. Este «marco colectivo de pertenencia» transformó la vergüenza por la pérdida de estatura

del país en un renovado sentido de sí mismo: «La destrozada identidad soviética salió despedida, como los fragmentos de un espejo roto, resonando con especial fuerza en los oídos de aquellos que había sufrido con la transición, distorsionando sus perspectivas y haciéndoles caer bajo el hechizo de los mensajes orquestados desde el Kremlin dirigidos a capturar a estas almas perdidas». Con la «efervescencia colectiva» rusa producida por la aneación de Crimea, la transformación fue completa.

Sharafutdinova elabora la declaración de la estrella soviética de la música pop, Iosif Kobzon, de que «Putin está casado con Rusia» para sugerir que el país está «cegado por el amor» hacia un marido abusador. Para identificar el pegamento psicológico que les mantiene unidos, recurre a cuatro entrevistas a grupos de discusión que dirigió en Kazán y Samara, así como a los resultados de una encuesta nacional realizada por el Centro Levada. Todo esto se complementa con sondeos adicionales de este Centro, así como con los estudios del Centro de Investigación sobre la Opinión Pública de Rusia y de la Fundación de la Opinión Pública, ambos organismos estatales. Las evidencias desprendidas de estas investigaciones sugieren que la imagen de Putin que han construido los medios públicos de comunicación ha tenido un gran éxito en opinión de Sharafutdinova. Los participantes en los grupos de discusión alababan a Putin por sus sobresalientes cualidades personales, así como por elevar el estatus internacional del país y traerle estabilidad. Sharafutdinova concluye que Putin cumple los cuatro principios de liderazgo exitoso que define el psicólogo social Alexander Haslam: es percibido como «uno de nosotros», un simple muchacho que perdió su trabajo con el colapso; es alguien que «trabaja por nosotros», cancelando la deuda rusa con el FMI mientras elevaba las pensiones y los salarios durante sus dos primeros mandatos; que «elabora una conciencia de nosotros mismos», proyectando un renaciente patriotismo, y que «nos devuelve nuestra importancia» situando a Rusia como la defensora de la civilización cristiana contra un decadente y arrogante Occidente. Todo ello descansa en la oposición proyectada de Putin frente al «trauma» de la década de 1990.

Las discusiones sobre el trauma van normalmente unidas al marco freudiano del historiador Alexander Etkind, que considera que los rusos están obsesionados por la memoria reprimida de los crímenes de Stalin, lo cual se utiliza con frecuencia para explicar por qué están condenados a repetir el pasado (como en el libro de Sergei Medvedev *The Return of the Russian Leviathan*, 2019). Sharafutdinova cuestiona la relevancia de los principios psicoanalíticos, desarrollados para tratar a pacientes individuales, cuando se aplican a sociedades en su conjunto y considera que la atención que prestan los intelectuales al estalinismo es una distracción respecto al papel mucho más importante desempeñado por la historia reciente. Sostiene que a escala social, el trauma es «elegido» y se construye colectivamente

en diálogo con los dirigentes. El trauma elegido en la década de 1990 fue el del «victimismo colectivo», que sostiene que la sociedad rusa fue devastada por los capitalistas occidentales, por oligarcas fuera de control y por los terroristas chechenos hasta que Putin se hizo cargo de la situación y «reunió a las tierras rusas». Esta narrativa, basada en una vaga comparación con el denominado «periodo de los problemas», que empezó cuando los polacos ocuparon el Kremlin y acabó con la proclamación del zar Mikhail Romanov en 1613, la repiten frecuentemente los medios de comunicación públicos y el propio Putin. Aunque continúan circulando recuerdos menos fantásticos, la investigación de Sharafutdinova concluye que la versión aprobada por Putin es hegemónica. Incluso aquellos que son demasiado jóvenes para recordar la década de 1990, pueden repetir como loros sus tropos hasta extremos irónicos: en una canción de éxito, Monetochka, el ídolo pop de la generación Z, dice que «en los años 90 la gente se levantaba muerta y corría por la calle en pelotas».

Capítulos posteriores estudian cómo se crea la identidad colectiva en la televisión pública, prestando especial atención a los programas de entrevistas. Vladimir Solovyev, la estrella del canal Rossiya, preside debates en los que hombres de paja defensores de las perspectivas «occidentales» sobre la sociedad rusa y su política exterior son humillados por su implacable anfitrión. En un episodio representativo, ordena a un invitado ucraniano que insulta la memoria de un piloto ruso muerto en Siria que abandone el estudio. Sharafutdinova determina que «las conexiones neuronales creadas en el cerebro» por semejantes representaciones crean un cortafuegos en la ciudadanía que protege el mensaje del Kremlin. El libro acaba con una serie de viñetas que muestran los desafíos para la «dignidad humana» que plantea la vida diaria en Rusia. Entre ellas se incluye la odisea de Husky, la estrella de rap, que fue detenido y encarcelado durante doce días después de que su concierto fuera cancelado por las autoridades locales debido a su «extremismo» y él tratara de actuar en la calle. Sharafutdinova concluye que «la consolidación revanchista e impulsada por la victimización» que Putin y sus asesores de imagen han creado, está hueca y solo puede conducir a «una peligrosa confrontación política y al estancamiento económico». Manifiesta que para avanzar, los rusos deben abandonar su apego al victimismo y reconsiderar tanto el «vacío moral» de la década de 1990, como el estalinismo como lecciones históricas que pueden servir como fundamento para una posición política más «proactiva».

The Red Mirror constituye un avance muy necesario sobre el *homo sovieticus*, caracterizado por su perspectiva reduccionista de la relación existente entre política y personalidad y por la supuesta condena que pesa sobre los rusos, obligados a recrear el pasado. Sin embargo, pese a todos los llamamientos del libro a favor de la empatía, la disección de los estereotipos y

el énfasis en el contexto en lugar de la apelación a los rasgos innatos, el retrato que se hace de la psique colectiva no es tan diferente de aquellos otros impulsados por el desdén de la misma. El resentimiento posimperial perdurable en las perspectivas soviéticas del mundo y la existencia de un líder carismático que cautiva a la gente siguen siendo los síndromes identificados por toda una serie de politólogos y periodistas. El potencial innovador del libro queda debilitado por una tendencia a utilizar las mismas metáforas que está analizando. La gente bajo el «hechizo» del «espejo» encantado de Putin (imágenes de archivo del análisis sobre Rusia) está encerrada mediante juegos de manos literarios en una mística comunión que no siempre está basada en la evidencia. Sharafutdinova rechaza la aplicación del psicoanálisis a sociedades consideradas en su conjunto, pero, ¿metodológicamente tiene mayor solidez retratar a los rusos como atrapados en una relación de codependencia? ¿Se casan los ciudadanos con sus líderes?

Como ella misma señala, aunque la mayoría de los rusos continúa informándose mediante la televisión –alrededor del 64 por 100 según una encuesta de agosto de 2019 de la Fundación de la Opinión Pública, o el 72 por 100 según los sondeos contemporáneos del Centro Levada– la misma encuesta de la primera mostraba que solamente el 35 por 100 de ellos le otorgaban su confianza, lo cual supone un descenso respecto al 63 por 100 registrado en 2015. Estas cifras arrojan dudas sobre si los teatrales estallidos de los telediarios de la noche han llegado a formar un «cortafuegos» emocional alrededor de Putin, lo cual implica una narrativa determinista propia basada en la neurobiología en vez de en la personalidad. Por muy eficaces que puedan ser en la investigación de mercados, los grupos de discusión tienen una utilidad más limitada a la hora de valorar las opiniones políticas en lo que es realmente un Estado de partido único, ya que tienden a dar las consabidas respuestas normativas. Sharafutdinova observa que aquellos que más hablaban en sus grupos, en referencia a la década de 1990, tendían a repetir la narrativa emitida por la televisión, mientras que aquellos que parecen tener opiniones diferentes parecen retraerse. Otros indicadores sugieren que la simbiosis entre el gobernante y los gobernados es más tenue de lo que parece. Después de que Rusia lanzara la primera vacuna mundial contra el COVID-19, las encuestas del Centro Levada muestran que entre el 60 y el 70 por 100 de sus ciudadanos no quieren recibirla, lo que muchos expertos en salud pública atribuyen a una falta de confianza en la autoridad (lo cual se podría considerar como un legado soviético de diferente clase). A principios de mayo, solamente el 10 por 100 de la población había recibido una dosis.

¿El abandono de la victimización y de la reconsideración del pasado haría que la política en Rusia fuera más democrática o mejoraría su economía, caracterizada por el descenso de los salarios reales y su dependencia de las exportaciones de energía? La correlación no está clara. En la Polonia

postsocialista, el martirologio se ha demostrado perfectamente compatible con las elecciones libres y el crecimiento económico. El Partido Ley y Justicia, de Jarosław Kaczyński, en el poder en la actualidad, ha combinado una política sobre la memoria histórica basada en el victimismo y la obsesión por la década de 1990 (plantada como una sucia conjura entre poscomunistas y liberales) con la implementación de ayudas sociales populares, un bajo desempleo y el crecimiento del PIB. A la inversa, en la Sudáfrica posterior al *apartheid*, la Comisión sobre la Verdad y la Reconciliación ofreció un transparente análisis de los errores pasados, pero no hizo nada para detener la espiral de desigualdad (lo que llevó a una crítica generalizada).

Mientras que la identidad colectiva que ofrece Putin es difícil de medir y su conexión con la política es tenue, la corrupción estructural y la precariedad individual que se destacan en las páginas finales de *The Red Mirror* continúan modelando las memorias de los rusos y limitando sus perspectivas. Al margen de que la desposesión sufrida en la década de 1990 cuente o no como un trauma, para muchos estuvo lejos de ser una elección, como señala Sharafutdinova cuando comparte historias de los grupos de discusión y de su propia familia sobre gente que perdió todo y nunca se recuperó. El libro de Toni Wood, *Russia without Putin* (2018), que prescinde de las maquinaciones del líder y de la psicología colectiva a favor de los resultados materiales, muestra cómo el gobierno de Putin ha conservado y profundizado las transformaciones neoliberales de la era de Yeltsin. Las protestas sobre la reforma de las pensiones sugieren cómo la continua destrucción de la red de protección social ha alimentado un creciente descontento.

La manipulación de heridas emocionales no puede hacer otra cosa que enmascarar los problemas del país, de los que no solo se culpa a Occidente. El reciente documental de Andrei Gryazev, *The Foundation Pit*, consiste en mensajes dirigidos a Putin subidos a YouTube por residentes en las distintas regiones de Rusia —la gente preponderantemente objeto de atención en el «espejo rojo»— hartos de sus exiguos ingresos y de las lamentables infraestructuras con las que tienen que vivir. El título del documental está tomado de la novela homónima de Andrei Platonov escrita en 1930 y centrada en una obra en construcción que simboliza un futuro utópico que nunca se acaba de construir. La gente de la era de Putin muestra sus frustraciones a las cámaras de sus teléfonos: edificios de apartamentos que se quedaron sin gas o electricidad cuando el dinero fue robado o simplemente se acabó; dientes podridos que nunca han sido vistos por un dentista; un pueblo inundado con agua estancada por el que solo puede transitarse en balsa. Mientras que algunos de los protagonistas de estos videos piden ayuda, muchos otros bombardean al presidente con blasfemias. Un viejo veterano le dice a Putin que piensa sobrevivirle y mear en su tumba. «Hay ruina y pobreza en todas partes de mi país y tengo una pregunta», dice una mujer. «¿Piensa usted dimitir?»

Los resultados de la ira popular están por ver. Timothy Frye, un politólogo que ha trabajado mucho con el Centro Levada, describe en *Weak Strongman* (2021) cómo Putin afronta los mismos desafíos que autócratas semejantes como Viktor Orbán, incluyendo el manejo de «contundentes herramientas de gestión» y la concesión de tramposas compensaciones políticas para contrarrestar la doble amenaza de los posibles golpes procedentes de la elite y el estallido de revueltas de masas. Aunque Putin ha intentado asegurar su legitimidad mediante una combinación de represión y retórica patriótica, Frye señala que las enmiendas constitucionales aprobadas el pasado año, que le permiten permanecer en el cargo durante dos mandatos más, se recibieron «con indiferencia en el mejor de los casos». Una encuesta del Centro Levada realizada en enero de 2020 mostraba que alrededor de un tercio de los rusos querían que Putin continuara siendo presidente a partir de 2024, otro tercio quería que continuara en el gobierno pero en otro puesto y el resto que se retirara: no se trata de un rechazo directo, pero tampoco podemos hablar de una abrumadora muestra de apoyo. El verano pasado, cuando Rusia sufrió una marcada recesión económica debido a los bajos precios del petróleo y a la pandemia de la COVID-19, el índice de aprobación de Putin cayó a su nivel más bajo hasta la fecha (59 por 100). Aunque estas cifras pueden que no supongan una amenaza inmediata para su gobierno, sugieren que el «hechizo» —en la medida en que existiera fuera de las mentes de los observadores— se ha roto.